

Arriba: Perspectiva actual de la calle de Alcalá, en su zona más popular, o sea, desde la confluencia con las de Sevilla y Peligros, hasta Cibeles y Puerta de Alcalá. En primer término, a la izquierda, la cúpula de la famosa Iglesia renacentista de las Calatravas. En el centro, al fondo, la fuente madrileñísima de la Cibeles y, en último término, la extensa mancha verde que forma la arboleda del Parque del Retiro, el bellissimo y frondoso bosque, que, a partir de la plaza de la Independencia, bordea en casi medio kilómetro la calle de Alcalá.—Abajo: La Puerta del Sol, tal como es en la actualidad, que en breve va a sufrir una nueva e importante reforma. Con la desaparición de los tranvías, la instalación de jardines y la construcción de una fuente monumental, quedará la madrileñísima plaza, convertida en museo de sí misma, pero cada día más desplazada del centro activo y comercial de Madrid.

La calle más simpática de Europa



Por

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

PERDONENME ustedes una jactancia. Una de las poquisimas que se puede permitir mi vida oscura. La de haber nacido en la madrileña calle de Alcalá. Esta calle es larga. Tendrá cuatro o cinco kilómetros. Sin embargo, verdaderamente, su entraña, el trozo que

es como el corazón de los Madriles, es el primer kilómetro, el comprendido entre la Puerta del Sol y la Cibeles. Traspasada esta amplia plaza, la calle de Alcalá continúa, pero ya transformada en una calle más, en "una calle cualquiera, camino de cualquier parte", que dijo Manuel Machado. Nació cerca de la Puerta del Sol, frente a la calle de Sevilla, esto es, en plena calle de Alcalá, allí donde Madrid parece condensarse, donde Madrid se concentra, por donde ha pasado todo lo que pasó en Madrid. Por esto me siento orgulloso. Ahora se nace en los sanatorios, en las clínicas de los tocólogos, en un barrio apartado, en un quirófano. Doy gracias a Dios porque en la época de mi llegada al mundo no existiera todo esto. Los hombres célebres que están naciendo ahora se han fastidiado. Jamás tendrán una lápida conmemorativa del lugar de su nacimiento. Porque no es cosa de colocarla a la puerta de un sanatorio, donde, a lo mejor, han nacido diez o doce célebres hombres, ya que entonces aquello parecería un "nacenterio" y disculpen el neologismo.

Puedo hablar, por tanto, de la calle de Alcalá, ya que no con gran autoridad, sí con conocimiento de causa. Es mi calle. Una de las calles de más personalidad de cuantas existen por el mundo. Una calle llena de alegría. Tan alegre, tan movida es, que parece que anda. Y, desde luego, quieta no se está. Ni siquiera en las altas horas de la madrugada. Cuando todo Madrid reposa, la calle de Alcalá no duerme. Es entonces cuando se va a la Cibeles a charlar con la diosa. Y allí espera el amanecer. Porque habéis de saber que en Madrid todos los días se contempla un prodigio. El sol entra por una puerta que no es la Puerta del Sol, sino la Puerta de Alcalá, bello monumento, frontero a la Cibeles, que, desdeñosa, le vuelve la espalda para poder contemplar a sus anchas la calle de Alcalá, que es de quien está enamoriscada. Así es que los prime-

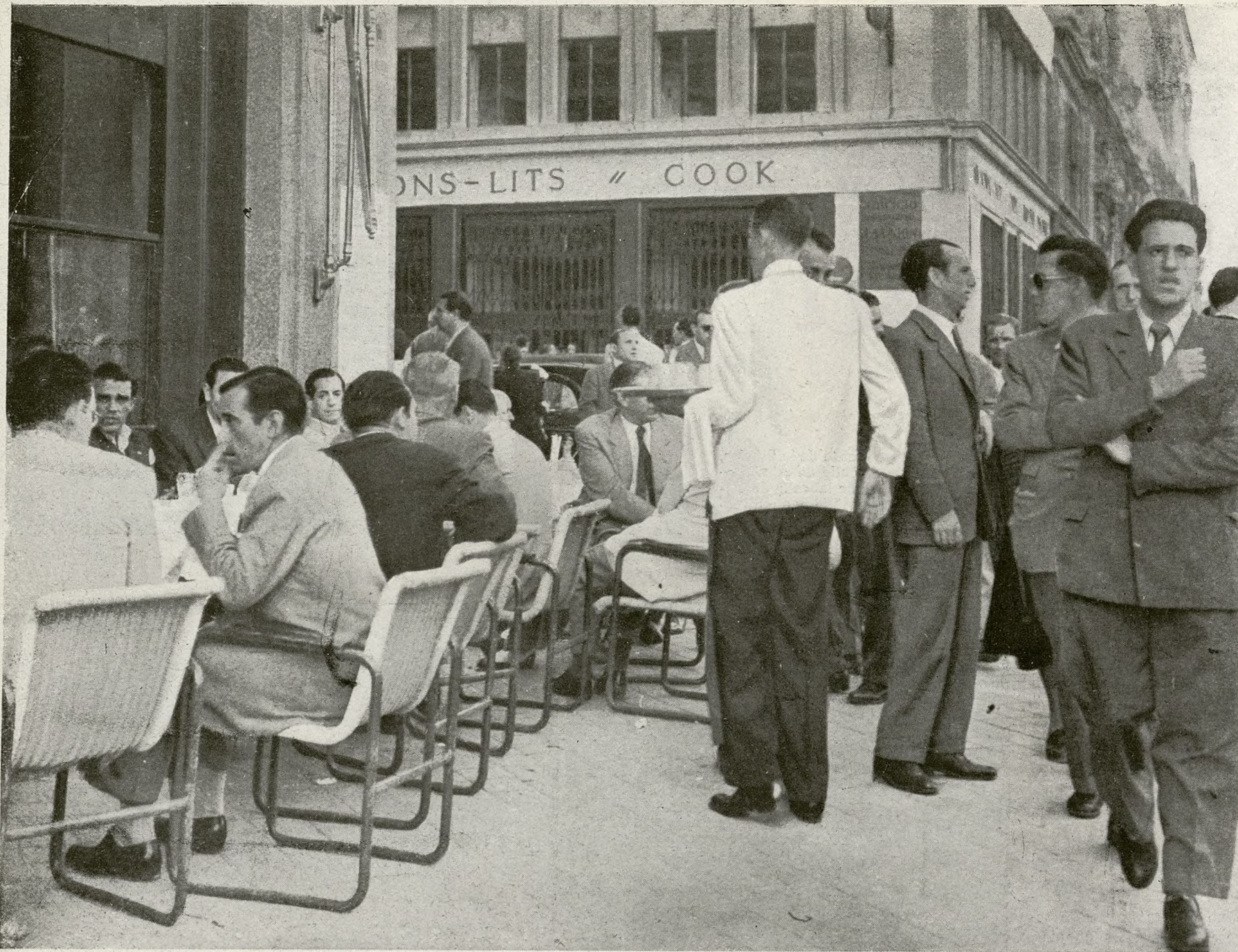
ros rayos solares son para la calle de Alcalá, como si el sol le rindiera este homenaje. El sol sabe lo que se hace.

En otro tiempo, la calle de Alcalá terminaba en la puerta del mismo nombre. Y allí empezaba la carretera de Aragón, o camino de las Ventas del Espíritu Santo. Hoy llega hasta este último punto, que yo he conocido despoblado y cruzado por sucio y enteco arroyo conocido por el Abroñigal. Pero, insisto, el límite de la calle de Alcalá es la Cibeles.

¿Y cuál es el encanto de tan renombrada vía? Quizá, y sin quizá, su aire. La calle de Alcalá tiene señorío. Aire señorial. Empaque. ¡Ah, pero no confundirse! Este señorío no es grave y austero. Es popular, campechano, ruidoso. Y de aquí su encanto. Ya no tiene palacios que alberguen nobles próceres. Ya desaparecieron el del Marqués de Alcañices, donde hoy se alza el Banco de España, ni del Marqués de la Torreccilla, esquina a la calle de Peligros; ni el del Marqués de Casa Riera, que nunca llegó a ser habitado; ni el de los Duques de Nájera; ni el de Goyeneche, hoy Real Academia de San Fernando; ni el que ocupó el infante Don Sebastián y luego fué Presidencia del Consejo de Ministros y antes almacén de cristales de la fábrica de La Granja (subsiste el edificio, destinado a oficinas del Estado), así como el del Marqués de Linares, albergue hoy de una Compañía naviera. Ya no tiene palacios. Pero no le hacen falta. La calle de Alcalá es toda ella un gran palacio que pudiéramos denominar el palacio de Madrid. Un palacio con un techo sin igual: el cielo azul madrileño. La calle de Alcalá es como un gran salón. Las dos filas de casas son sus paredes. Y colocados en ellas, en lugar de cuadros, monumentos. El Ministerio de Hacienda, construido por el rey Carlos III para Real Casa de la Aduana; la iglesia de las Calatravas, la de San José. Estos tres son como los retratos de gran aparato de los antepasados que nunca pueden faltar en el exorno de un salón. Estos tres no tienen un pero; cada uno en su estilo ennoblecen y embellecen nuestra amada calle. Nos miramos en ellos con el regodeo de quien se sabe descendiente de limpia sangre, y hasta exclamamos: "¡Qué guapa era esta abuela nuestra de las Calatravas, tan sonrosada, tan elegante, tan señorona!". Y al cruzar por delante del Ministerio de Hacienda sentimos la sensación de que es el propio rey Carlos III el que nos sale al

Arriba: La famosa fuente de la Cibeles, con el fondo de la calle de Alcalá.— Abajo: Perspectiva de la calle de Alcalá, pasada la Gran Vía y en dirección a la Puerta del Sol.





En el punto de unión de tres calles popularísimas—Alcalá, Sevilla y Peligros—, la esquina que durante sesenta años ocupó el antiguo y tradicional Café de Fornos—lugar donde Madrid parece condensarse, concentrarse—sigue siendo la esquina de las tertulias. Hoy, las "peñas" de cómicos y toreros se agrupan en esta zona de gran tráfico y ocupan las terrazas de los cafés. Lo que era "Fornos" y es hoy "Riesgo", a lo largo del tiempo, ha visto pasar casi todo lo que pasó en Madrid.

paso, con su casaca color ladrillo y su empolvada peluca de piedra de Colmenar y su continente majestuoso, lleno de gentileza en su sencillez magnífica. Y la iglesia de San José, tan graciosa y tan armoniosa, nos atrae como la estampa de una mocita veinteañera que une a lo risueño el recato de la modestia y de la piedad. No olvidemos en esta corta y antañona galería la belleza clásica de lo que fué palacio de Goyeneche, más tarde Museo de Historia Natural y hoy cobijo de la Real Academia de San Fernando, tan grata en sus líneas, dibujadas por el arquitecto Pedro Rivera.

Al lado de tales restos del pasado se alzan las modernas construcciones, en las que hay de todo. ¡Qué fuerza no poseerá la calle de Alcalá, que resiste impávida la invasión de esos nuevos ricos tan apabullantes que son los Bancos! Si no me equivoco son catorce los Bancos que están instalados en la calle de Alcalá. La mayoría de ellos en edificios suntuosos de nueva planta y ricos materiales. Pues bien, la calle de Alcalá parece desdeñarlos, como hacemos las personas de buen gusto cuando entramos en un salón adornado con excesivos cuadros cubistas de esos que a los papanatas hacen abrir la boca de admiración y a los demás de aburrimiento. La calle de Alcalá los soporta, que ya es bastante; pero en manera alguna los ha incorporado a su aire. ¡Hasta ahí podían llegar los Bancos! Ya digo que algunos no carecen de méritos arquitectónicos. Alguno—el de Urquijo—ha seguido el estilo de la calle de Alcalá.

Hora es ya de decirlo. La calle de Alcalá tiene su estilo. ¿Cuál? El mejor de todos. El estilo simpático. He hecho la prueba muchas veces con mis amigos extranjeros. A los dos días de su estancia en Madrid, les preguntaba: "¿Qué le parece la calle de Alcalá?" Y me contestaban sin excepción: "¡Oh! Es muy simpática. Me da la impresión de que la conozco de toda la vida."

Ya sé que por el mundo existen calles mucho más bellas, pero dudo de que haya una tan simpática. Y nada tan importante como la simpatía. Pasearla es tanto como ir del brazo de una novia de verdad. No os extrañe esto. La mayor parte de las novias son de mentirijillas, aunque luego resulte que nos caemos con ellas. La novia de verdad es la que nos alegra la vida, la que siempre nos ofrece una sonrisa, la que sabe consolarnos y endulzarnos la existencia. Entra uno en la calle de Alcalá y su aire nos besa en la cara. Su aire, que es su misterio. Su aire, que es su alegría.

En las tardes de toros de hace treinta años, precisamente frente a la casa donde yo nací, se situaban aquellos grandes vehículos llamados "rippers", tirados por seis briosas y cascabeleras mulas. Eran abiertos, capaces para treinta o cuarenta perso-

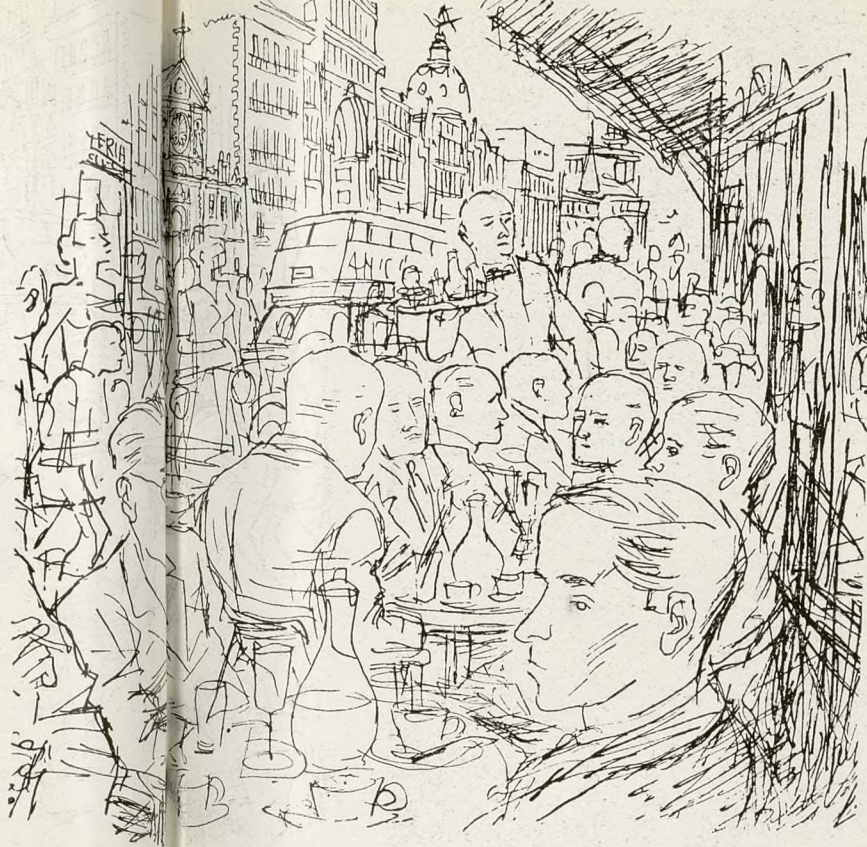
nas. Sus postillones gritaban: "¡Dos reales plaza, eh! ¡A la plaza, dos reales!". Y cuando arrancaba uno parecía que la calle de Alcalá se iba a los toros montada en el asiento trasero, junto a la chulona de mantilla de encaje de Almagro y mantón de Manila de largos flecos que colgaban del respaldo del asiento. No por azar eligieron los "rippers" la calle de Alcalá para su estacionamiento. Sabían que era muy torera. Por ella deambulaban a toda hora los torerillos. Y allí, justo en el mismo sitio elegido por los "rippers", forman en nuestros días sus tertulias al aire libre los novilleros, los banderilleros, los picadores y hasta matadores de los de fama.

De algún tiempo a esta parte, y tragados por los Bancos, van desapareciendo los cafés de la calle de Alcalá. Sólo cinco restan, y ya se habla de que pronto desaparecerán dos. Estoy seguro que de todas las transformaciones que ha sufrido a lo largo de los años, ésta de verse privada de sus cafés fué la más dolorosa para la calle de Alcalá. La juventud actual no es cafetera. Tampoco es noctámbula. En otro tiempo, la animación de la calle de Alcalá no decaía a ninguna hora del día ni de la noche. Cuando, al amanecer llegaban los mangeros de la villa a regalarla presenciaban su "toilette" los trasnocchadores y los madrugadores. Surgían los primeros vendedores de periódicos cuando se retiraban los de lotería, las floristas y los limpiabotas. La calle de Alcalá no descansaba nunca, y no por ello estaba menos lozana y pimpante.

En la época de los coches de caballos, por la calle de Alcalá cruzaban los mejores troncos de los grandes señores de la Corte. Era obligado subir la cuesta que va de la Gibeles a la calle de Sevilla al trote largo, de retorno del paseo vespertino, que tenía lugar en la Castellana y en el parque del Retiro. Muchachuelos ágiles les salían al paso para encender, sin detenerlos, sus faroles.

Por la calle de Alcalá hicieron su entrada en Madrid muchos reyes y personajes de toda laya. La calle de Alcalá siempre supo estar a tono. A Amadeo de Saboya, rey extranjero impuesto por una votación parlamentaria, le acogió hosca y ceñuda, cubierto con nieve su pavimento, alfombra helada, y con nubes plomizas y tristes en su cielo, casi siempre de un limpiado azul, como si quisiera anticiparle y presagiarle los sinsabores de su efímero reinado, que, por otra parte, él supo llevar con toda dignidad. Manifestaciones cívicas, desfiles militares, algaradas de protesta, demostraciones jubilosas, por la calle Alcalá han corrido desde que Madrid fué la capital de las Españas. En la calle de Alcalá sufrió un atentado Alfonso XIII. En la calle de Alcalá ha estado siempre el pulso de Madrid. La calle de Alcalá está siempre en la nostalgia de los madrileños ausentes y en el sueño de los provincianos con ambiciones.

No podía faltarle un jardín. Y a fe que éste es espléndido. Antecede al edificio del

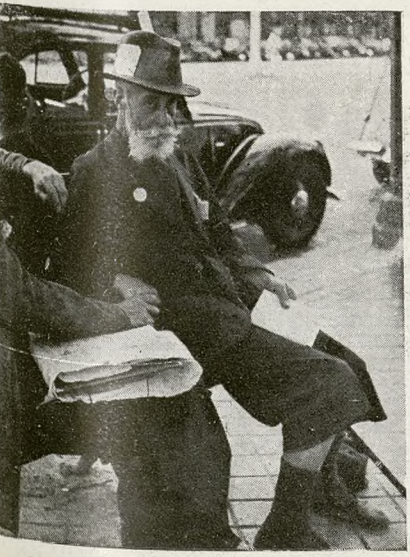


Ministerio del Ejército. Más arriba, junto a la Puerta de Alcalá se encuentra el Retiro, pero ya hemos quedado en que allí la calle ya es una calle cualquiera. Su jardín es éste del Ministerio. Allí se refugia. Allí se remansa. Y con ella nosotros, su paseantes. No hace falta que entremos. El jardín en cuesta se vuelca sobre la calle. Y los árboles nos hacen guiños con el balanceo de sus ramas y las flores neutralizan el acre olor de la gasolina y el verde colorido aquieta los ojos, y el piar de los pájaros nos derrama gotitas bucólicas. ¡Oh gran calle de Alcalá, y qué completa eres!

Es muy raro el día que uno no pase por ella. Y ese día, al acostarnos, nos acomete un remordimiento, como si hubiéramos sido infieles a nuestro amor. "Mañana, en cuanto me levante, ya estoy allí", pensamos. Y la recorremos despacito, aunque tengamos prisa, y nos recibe gozosa, como lo que es, como una novia buena: sin un reproche, con su habitual alegría.

El Ayuntamiento ha acordado reformarla. Bien está. Es igual. La calle de Alcalá lo resiste todo. Otros lugares madrileños han visto decrecer por causas diversas su importancia. Así la Plaza Mayor, la calle del Arenal, la Puerta del Sol, que ya no es lo que fué, ni mucho menos; pero la calle de Alcalá siempre permanecerá inalterable, pese a todos los pesares. No le podrán quitar jamás su aire, que es distinto al de todas las calles, callejas, avenidas, plazas y plazuelas que forman Madrid. Un algo misterioso tan impalpable como el aire. ¿Por qué se nos adentra el amor en el alma? El tilín de unos ojos, sin saber cómo, nos llena la vida. El tilín de la calle de Alcalá nos lleva a ella, nos sumerge en ella, en su aire, en ese aire hecho de azul y de sol y de gracia y de simpatía, aire madrileño de la gran calle de Alcalá.

En ella nací yo. En el corazón de los Madriles. En el primer kilómetro, que es el comprendido entre la Puerta del Sol y la Gibeles. En una de las calles de más personalidad de cuantas existen en el mundo. Una calle llena de alegría, y tan alegre, tan movida, que parece que anda. Y que desde luego no se está quieta. Donde la noche es un sortilegio y el amanecer un prodigio. Donde llegan los primeros rayos del sol, y ya he dicho que el sol sabe



bien lo que hace. En la calle española de señorío más popular, ruidoso y campechano. En la calle más simpática de Europa.

Las aceras de la calle de Alcalá han polarizado siempre los tipos pintorescos de Madrid. He aquí al "abogado arrepentido", Sr. Santamaría, fundador y profeta del "Jumbismo", nuevo "credo" filosófico-social de su invención. El "Dr. Gandi" también ha reformado la Ortografía castellana, de la que ha suprimido la h por antieconómica.



La "acera del Lyon", frente a Correos, en la que, a través de cuarenta años, viene sosteniendo su indiscutible popularidad este café, uno de los más característicos de la segunda parte de la calle de Alcalá. En él nunca faltaron varias tertulias de literatos. Ultimamente, la acudida por los académicos de la Española Gerardo Diego y Dámaso Alonso, da un tono entre docto y popular al popularísimo "Lyon". La foto representa la terraza en la conocida acera, bajo las acacias casi centenarias, donde los madrileños se defienden de los rigores de la canícula.

Entre las aceras más populosas y populares de la calle de Alcalá, figura el trozo que ocupa la fachada del conocido Círculo de Bellas Artes, que los madrileños llaman en guasa la "Bolsa del trabajo". Entre los clientes asiduos del Círculo, polulan los avispados "limpias", que mientras lustran las botas hablan de los dos temas eternos: el fútbol y los toros. En la foto puede verse la "acera del Círculo" en una mañana cualquiera, con su normal afluencia de socios, que esperan, entre otras cosas, el diario desfile de bellezas por la calle de Alcalá.





Punto de coincidencia de las calles de Sevilla y Alcalá, bajo el Banco de Bilbao.



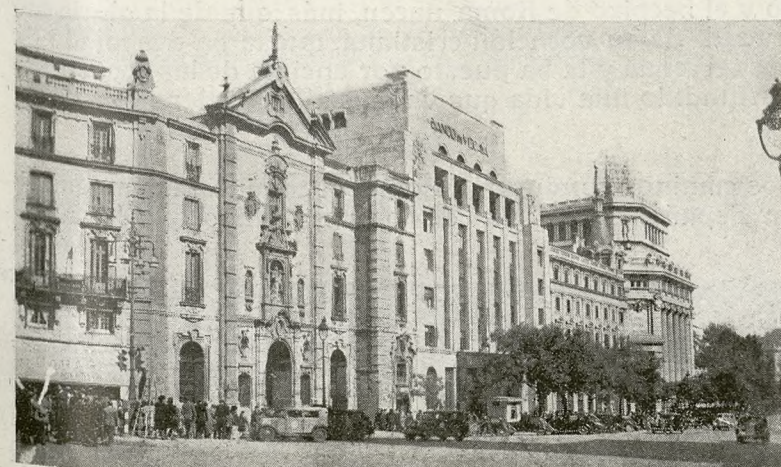
Fachada del Banco de España y la concurrida estación del "Metro" de igual nombre.

Arriba: La barroca iglesia de S. José y dos edificios bancarios de la popular calle madrileña. Abajo: La Puerta de Alcalá.

La invasión de edificios bancarios en el primero y segundo tramo de la calle de Alcalá resulta impresionante. He aquí los Bancos Central, Urquijo y de Vizcaya.

Perspectiva de la calle de Alcalá en su coincidencia con la de Peligros. En segundo término y medio oculta entre dos construcciones modernas, la iglesia conocida por las Calatravas, que ostenta una de las fachadas más bellas de la popular calle.

La calle de Alcalá vista desde el Banco de España. En el centro de la foto, el popularísimo edificio del Fénix, con el águila de bronce y el Mercurio que le sirven de remate. A la derecha, el arranque de la Gran Vía, y al fondo de la misma, la Telefónica.



En la calle de Alcalá, en las proximidades del arranque de la Gran Vía, rodeada de modernas fachadas, la iglesia de San José, de bellissimo estilo barroco, luce en primer término las armónicas líneas de su fachada, seguida de edificios bancarios.

La calle de Alcalá, entre Cibeles y Peligros, quedará este verano —tal como se ve en el dibujo— despojada de columnas, cables y raíles y con una ancha franja central de jardín, según el proyecto recientemente aprobado y ya en vías de ejecución.

